



Mao Tse-tung.

neros, pero que no tiene nada que ver con el estereotipo que la mayoría de las personas hemos prefigurado respecto a los negritos y el cura de sotana blanca y salacof del mismo color. Misiones Extranjeras (1) dedica una parte de su contenido a temas estrictamente religiosos, sobre los que ni voy ni puedo opinar, pero juntamente a esa temática, e incluso de modo primordial, se dedica al estudio de los problemas del subdesarrollo, incluido el hecho revolucionario. Algunos número dedicados al padre Las Casas, Sudáfrica o las ex colonias portuguesas, ofrecen unos análisis y una documentación que puede ser la mejor que se nos presenta en España. El último número está dedicado a la República Popular China.

Todavía tenemos que soportar algunos días al año el que niños con denigrantes huchas de ciudadanos del Tercer Mundo se nos acerquen y nos pidan para los "chinitos". En mi infancia recuerdo haber desde recogido papel de plata y sellos, también para los chinitos, como haber suscrito por cuatro perras gordas con el compromiso de que se bautizaría a un chinito, al que se le pondría el nombre de Juan.

China fue, como se recuerdan los redactores de Misiones Extranjeras, el sueño del "siglo de las misiones", pero desde hace más de treinta años. ¿Todo se vino abajo? ¿O empezó de nuevo? ¿Fueron las fuerzas del mal las que arrasaron los mejores valores del Evangelio? ¿O fue la fuerza del Espíritu la que tuvo que venir a quemar y purificar actitudes y lecturas del Evangelio poco o nada evangélicas? ¿Es el entierro de la Iglesia o su recuperación en el Reino de Dios? ¿Es el peligro amarillo o la esperanza roja? Estas y otras reflexiones son expuestas de un modo explícito para motivar la confección de una monografía sobre China, la mis-

(1) Publicado por el Seminario Nacional de Misiones Extranjeras, Feirer del Río, 17. Madrid.

Prévert: El final de la aventura de sentir

De Prévert se dijo que robó la poesía a las academias y la devolvió a la calle. Todas las academias se vengaron reconociendo insuficientemente el valor poético del autor de *Paroles*, considerándolo casi siempre como un curioso impertinente introducido en el mundo de los poetas homologados por la puerta de servicio. Los antólogos tardaron en admitir a Prévert en las hornacinas, junto a los grandes poetas franceses del siglo: Apollinaire, Valéry, Saint John-Perse, Eluard, Aragon, Michaux, Supervielle, Cocteau. Quien más quien menos, todos esos grandes poetas oficiaron dentro de las convenciones de una Poesía con mayúsculas, y asumieron el papel de sumos sacerdotes con la gravedad requerida por los cánones de la cultura entronizada. En cambio, Jacques Prévert era un jugueteo "voyeur" de los sentimientos y las actitudes, y nunca se consideró miembro de ninguna iglesia poética, fuera la iglesia bajo el sol rojo de Aragon o la iglesia blanda y sumergida de Cocteau. Callejero e impulsivo, Prévert fue del surrealismo juvenil a la poesía "comprometida" en un recorrido similar al de Eluard o Aragon y, como ellos, de la etapa surrealista conservó la constante gimnasia del lenguaje cuestionado. Cuando se publica *Paroles* en 1949, Prévert se pone de moda entre la izquierda francesa y europea, y con esta obra entrará clandestinamente en la Universidad española de los años cincuenta, en la que Prévert sonó como sonaban Hernández, Neruda, Alberti, Blas de Otero o Celaya. Aquí se leyó un Prévert antifascista y obrerista, populista por todos los poros, y no se apreció lo suficiente la irónica retina surrealista del autor de *Spectacle*, *La Pluie et le beau temps*, *Histoires et d'autres histoires*, *Des Bêtes*, *Lettres des Iles Baladar*. Mientras la Universidad residencial española leía un Prévert necesariamente politizado, los radioyentes del país escuchaban su poema *Les feuilles mortes*, con música de Kosma, y nadie asoció el poema del amor y del tiempo con el poeta rojo propagador de esperanza antifascista. En esa maravilla de comunicación poética popular que es *Las hojas muertas*, colaboraba el músico Kosma, el autor de la música de fondo de Calle Mayor de Bardem, perteneciente a aquella internacional de la vanguardia más o menos roja de la Europa de los años cincuenta.



Jacques Prévert en 1967.



Hay un Prévert poeta de libro, un Prévert poeta cantable y también un Prévert con presencia inexcusable en la historia del cine como guionista de Jean Renoir (*Une partie de campagne*, *Le Crime de Monsieur Lange*), de Marcel Carné (*Drôle de drame*, *Quai des brumes*, *Les enfants du paradis*, *Les Portes de la nuit*), de Grimault (*La Bergère et le Ramoneur*) y de su hermano Pierre (*L'affaire est dans le sac*, *Adieu Leonard*, *Voyage surprise*). Tanto en sus poemas librescos o cantados como en su cine, permanecen las constantes del lirismo, de la ironía ante los absurdos de la organización social, el populismo, la captación de una realidad en la que la felicidad y la desdicha pugnan en una dialéctica fatal. Pocos poemas resumen mejor su filosofía y sus recursos lingüísticos como *Le combat avec l'ange*:

"Nada hay que hacer,
todo está combinado de antemano,
la pelea está trucada,
y cuando aparezca sobre el ring
rodeado de relámpagos de magnesio
entonarán erguidos el 'Te Deum',
y antes de que te hayas levantado de la [silla

te lanzarán las campanas a pleno vuelo,
te lanzarán al rostro la esponja sagrada
y no tendrás tiempo de volar en las [plumas;

se echarán sobre ti
y te golpearán por debajo de la cintura,
y te derrumbarás
con los brazos estúpidamente en cruz
sobre la lona,
y jamás podrás hacer el amor".

Prévert ha muerto en París a los setenta y siete años de edad, considerado como el compañero de Aragon en la capitania de una estética poética que fue vanguardia en los años treinta y cuarenta, en los últimos años insuficientemente valorada como una simple arqueología sentimental de la generación que vivió las últimas posibles aventuras del músculo, la palabra y la imaginación. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.